

Pistas para leer semióticamente la ciudad

Por Fernando Vásquez Rodríguez

En primer término, una pista que proviene de la semiótica: los signos son ambiguos. Dicen a la par que ocultan. Revelan y, a la par, esconden. Por lo mismo, cuando leamos semióticamente la ciudad, debemos sospechar de lo más evidente. O como nos recomendaba Paul Ricoeur, refiriéndose a la hermenéutica: hay que tener voluntad de escucha y voluntad de sospecha frente a los signos¹. Con ese consejo en mente, vamos pues a dibujar o delinear algunas ideas.

1

Una primera manera de leer la ciudad está en la cartografía de base que la soporta. Hay ciudades con centro, con calle cero. Las hay circulares, pentagonales, fieles al cuadrado o, como sucede en muchas de las ciudades latinoamericanas, caprichosas, barrocas, consolidadas a partir de desplazamientos forzados, hechas por la pobreza de los márgenes, por iniciativas populares y por cierta estética perfilada a partir de lo apenas necesario para tener un techo. Llamemos a este primer hilo del tejido de la ciudad: los signos topográficos o, si prefiere, proxémica de base².

2

Otra lectura inscrita en este mismo campo de la topografía, fue la tipificada por el inglés Kevin Lynch: estudiar la ciudad a partir de sus hitos. De sus

¹ Véase mi ensayo “Tras las huellas de Hermes. Algunos puntos para hacer análisis hermenéutico” en *Educación con Maestría*, Unisalle, Bogotá, 2007, p. 181-183.

² Siguen siendo sugerentes las ideas de Edward Hall en su libro *La dimensión oculta*, Siglo XXI, México, 1986.

mayores puntos de referencia. Recuerdo ahora lo propuesto por Lynch mirando la ciudad de Londres: nodos, bordes, sendas...³ En este caso, la semiótica no mira el conjunto sino las partes desde las cuales se puede articular el todo. La idea es indagar cómo la ciudad hace sentido para el habitante de la misma. Recordemos que una ciudad no se conoce totalmente, que no todo habitante la abarca completa o cabalmente. Nos apropiamos de la ciudad por zonas, por calles, por barrios, por determinados campos que, según diversas razones, marcamos como propios o como realmente conocidos. A veces la ciudad emerge sólo en una determinada ruta, o solo en determinados lugares. Digamos que a la ciudad se la repuja desde la óptica de lo transitado o de lo habitable. De allí que sea tan importante leer los signos que se erigen como significativos: una estatua, un centro comercial, una calle, una zona, un parque... No me refiero sólo a lo que se muestra en un mapa, sino a la resemantización que hacen los habitantes de su ciudad. La manera como ellos la nombran o la renombran. Como la apropian: a veces un sobrenombre dice más que el signo colocado por la administración oficial.

3

Una tercera pista de lectura semiótica de la ciudad está en la semántica exterior de los diversos artefactos de señalética. Los signos que están en las vallas publicitarias, en los pasacalles, en los carteles, en los nombres de calles, edificios u objetos cotidianos. Esa señalética, como lo ha mostrado Joan Costa, incluye también los códigos de color más frecuentes, los códigos de formas más abundantes o recurrentes, las texturas elegidas como

³ Kevin Lynch, *La imagen de la ciudad*, Gustavo Gili, Barcelona, 2000.

preponderantes⁴. Para este caso, el buen semiotista debe volverse un caminante asiduo de su ciudad, un *flaneur* como lo llamaba Baudelaire o como lo nombraba Walter Benjamin⁵. El *flaneur* que no sólo se desplaza en la ciudad sino que mira con detalle los lazos de filiación entre nomenclaturas aparentemente disímiles, los silenciosos significados de un color o una señal de tránsito, los objetos semánticos que como si fueran otras edificaciones pueblan de vida sígnica la ciudad.

4

También contamos con otro hilo para leer el tejido de la ciudad: las polaridades de distinción, discriminación o diferencia. Las que parten de la ciudad segura y la ciudad peligrosa; las que se dan entre la ciudad de día y la ciudad de noche; o esas otras, las que afloran desde una ciudad concebida para el turista y la otra ciudad cotidiana del residente. Esas oposiciones pueden multiplicarse y complejizarse. Pienso, sólo para poner un ejemplo, las oposiciones entre la ciudad de los más ricos y los más pobres, que no sólo podría leerse de cara a la gran ciudad, sino en un mismo barrio. Las distinciones sociales pueden darse en más que oposiciones, pero me parece clave leer la ciudad desde este punto porque nos ayuda a entender cómo se organiza la ciudad o cómo sufre continuos desplazamientos en la consolidación de sus grupos sociales, o en la manera de organizarse un tipo de comercio o un determinado gremio. De igual modo nos permite ver lo personales que son esas distinciones y cómo hay marcadores sociales que coadyuvan para que tal diferencia se mantenga o sea visible para determinados sectores.

⁴ Vale la pena revisar el texto de Joan Costa, *Señalética. De la señalización al diseño de programas*, CEAC, Barcelona, 1992.

⁵ Walter Benjamin, *Libro de los pasajes*, Akal, Madrid, 2007.

5

La ciudad es posible leerla, sígnicamente, desde los relatos que sobre ella se construyen o reconstruyen continuamente. Esos relatos hablan, a veces de su genealogía, de su fundación, de su historia. Aunque también esos relatos van sumándose como niveles de un terraplén: caben los de la crónica roja, los difundidos por los medios masivos o esos otros que pasan de boca en boca hasta volverse un mito. El relato le da identidad a la ciudad. Los relatos son la manera como las personas dotan de sentido una pared, una sitio, un lugar; es la manera como humanizamos un espacio. Las lógicas del relato acompañan a la ciudad, la siguen como una sombra, la pueblan, la llenan de voces, le dan carne o piel: una fisonomía. Esos relatos que pueden ser micro o macro; que van desde el rumor hasta la novela, crean, además, otro vínculo. El hecho de compartir esas historias convierten a sus habitantes en partícipes de un mito, de un referente simbólico en donde se aúnan lo afectivo y lo cognitivo. Y si uno lee con cuidado esos relatos puede llegar a inferir los arquetipos que regulan la ciudad. Sus referentes fundacionales, su raíz profunda.

6

Otro punto que considero significativo al leer semióticamente la ciudad tiene que ver con sus maneras o formas particulares de transportarse, de divertirse, de ofrecer comida o vestido... Hablo de esos núcleos a partir de los cuales se gesta la vida cotidiana: qué y dónde se come, cómo vamos de un lugar a otro, qué moda es la que circula, en qué empleamos nuestro ocio. Allí hay una riqueza sígnica, una mina de donde podemos extraer pista fuertes para leer la ciudad. Los signos propios de la comida o de la mesa no sólo diferencian a las culturas sino que ponen en evidencia una manera particular de relacionarse

con el entorno y una filosofía de la vida; el vestuario dice cosas sobre nuestra manera de entender la corporeidad, el pudor o la moral; los medios de transporte señalan, al decir de Paul Virilio, cómo vivimos una idea de velocidad o temporalidad⁶; y los signos propios de la diversión, apuntan a decirnos cómo una ciudad asume las otras dimensiones que no son el trabajo o la sobrevivencia. De todos esos signos, igual de sugerentes, pienso que es la comida y el vestuario los más dicentes. Entre otras cosas, porque comprometen a sus habitantes con dos procesos esenciales para su subsistencia.

7

Digamos, además, que una ciudad se la puede leer también a partir de los signos propios de lo desechable, de los residuos, del excedente que se considera inservible. La manera como cada ciudad maneja sus basuras, la forma como organiza su recolección, nos da luces sobre una estética del entorno y, lo que es más importante, nos sirve de indicio para rastrear cuánto hay de conciencia sobre el convivir, sobre compartir con otros un espacio. De otra parte, nos permite leer qué tan fuertes o laxos son los puentes entre lo privado y lo público, entre lo que pasa de “puertas para adentro” y lo que sucede “de puertas para afuera”. De otro lado, la basura es un signo que, por su evidencia (que es no sólo visual, sino olfativa) puede corroborar nuestro diagnóstico sobre esa dialéctica de lo limpio y lo sucio, a través de la cuales vislumbramos ideas de prevención de la salud, de calidad de vida, de compromiso de lo público.

⁶ Paul Virilio, *Estética de la velocidad...*

8

Mirada desde otra perspectiva, la ciudad es legible desde la llamada economía informal. De todo ese comercio que está tendido, estirado, puesto a la par de las calles, ahí frente a los pies de los peatones. Mucho de ese mercado “gitano”, trashumante” puede servirnos de puente para conocer los aspectos o las dimensiones de lo que permite organización, de lo que está por fuera de lo establecido, de una economía establecida no desde lo fijo, sino del “depende”, de la oportunidad. El comercio informal también nos habilita para leer las dinámicas de cambio social, desplazamientos, nuevos flujos poblacionales, variadas maneras de agrupamiento, movilidad del tejido social. Estos signos, a veces tan cercanos a la niñez trabajadora, ponen en tensión el otro comercio, la otra economía; relativizan lo que a primera vista parece ser el mundo de los negocios.